

que ¿qué son las tribulaciones del mundo, las angustias, la pérdida de los bienes, los dolores, las enfermedades y toda suerte de aficciones, comparadas con la gloria que se nos ofrece en recompensa? ¡Considerad, que tormento tan extraordinario sería el del santo español Lorenzo, teniendo que sufrir el martirio en las parrillas! ¡Qué no sufriría San Eustaquio encerrado en el toro de bronce y colocado entre las llamas! ¡Cuánto no sufriría un Serapio cuando le sacaron las tripas á torno! ¿Y por qué estos y otros innumerables mártires fueron gustosos á los tormentos, como si fueran á echarse en una cama de blandas plumas? Porque fijaron su mirada en Jesucristo, y veían la recompensa de la gloria que iban á recibir. Y á nosotros á quienes no se nos piden los tormentos del martirio, ¿seremos tan cobardes, que ni aun siquiera nos decidamos á sufrir alguna adversidad por conseguir lo que aquellos consiguieron por los tormentos?

Vengan ¡oh Dios de amor! Vengan sobre nosotros aficciones de todas clases, vengan la tribulación, la escasez, la enfermedad á visitarnos, si por estos medios hemos de lograr veros y alabaros en el Empíreo. Solo os pedimos que nos concedais vuestros auxilios y vuestra gracia, á fin de que no nos acobardemos por nuestra miseria y la debilidad de nuestras fuerzas en medio del camino. Desde ahora os ofrecemos todo cuanto hayamos de padecer en los días que nos resten de peregrinación en este valle de lágrimas. Recibid, Señor, nuestro ofrecimiento, y haced que el día de nuestra muerte sea el primero de nuestra verdadera vida en la patria de la gloria, donde cantemos vuestras alabanzas por eternidad de eternidades ¡Amen! ¡Amen..!

## SERMON 2.º

### PARA LA SEGUNDA DOMINICA DE CUARESMA.

**Las maravillas de su establecimiento prueban la verdad y divinidad de la religion católica.**

*Domine, bonum est nos hic esse.*

Señor, bueno es que nos estemos aquí.  
Math. cap. XVII.

Desde el momento en que se estableció la religion católica, y la luz del Evangelio empezó á alumbrar á las naciones, sacándolas de las tinieblas de la idolatría, Jesucristo, su fundador divino, empezó á ser buscado por toda clase de hombres, empero con notable diferencia y con motivos bien diversos. Admirados unos de la sublimidad de la doctrina evangélica y abrazando gustosos la fé predicada por los apóstoles y discípulos de Cristo, le buscaban, es decir, abrazaban sus preceptos, seguían sus consejos y se constituían defensores de su divina ley, esponiendo sus vidas, que muchos perdieron gustosos en crueles tormentos. En vano á estos y á los que despues en

todos los siglos han sido verdaderos adoradores del Redentor del mundo, les ha llamado la impiedad y el error, haciéndoles grandes ofertas porque abandonasen la religion del Crucificado. Convencidos los fieles que ella es la única verdadera; que la unidad católica es el arca formada por Jesucristo, dentro de la cual únicamente puede arribar el hombre al puerto de la verdadera felicidad que es el cielo, se rieron siempre del llamamiento del error y la filosofía, y á sus reiterados y adornados sofismas contestaron llenos de gozo repitiendo las palabras de San Pedro al presenciar en el Tabor la Trasfiguracion de su Maestro Jesucristo: *Bonum est nos hic esse*. Bueno es que permanezcamos aquí. Y en verdad, católicos oyentes, si en el centro de la religion católica es donde encontramos el camino de la salvacion; si ella es divina y verdadera, ¿no será una atroz demencia el volverle las espaldas y separarse de su unidad? Esta conviccion arraigada en nuestros corazones es la que nos hace felices aun en medio de los sinsabores del mundo, y la que nos hace repetir: «Bueno es permanecer en las creencias de la religion católica, porque ella es la única verdadera.»

A su vez los soberbios filósofos de todos los siglos buscaron á Cristo y á su religion para derramar todo el torrente de su odio, censurando su doctrina, porque se opone á los vicios y crímenes con que ellos estan familiarizados. Y digo que buscan á Cristo y á su religion, porque muchas veces ha sido el mismo Jesucristo en la sagrada Eucaristía objeto de la saña y del desprecio de los malvados. Obstinados en sus errores y no queriendo abrir sus ojos á la clara luz del Evangelio, tambien han exclamado en diverso sen-

tido que Pedro y los demas seguidores de Jesucristo: Bueno es que permanezcamos aquí; la doctrina que enseña la Iglesia católica no nos conviene bajo ningun concepto; ella enseña la humildad, y nosotros miramos la humildad como bajeza. El hombre ha de sostener su carácter y ha de hacerse terrible á sus enemigos: enseña la obediencia, y nosotros estamos acostumbrados á vivir independientes de toda autoridad: queremos una libertad amplia en el pensar y en el obrar; la obediencia es un yugo, y por lo tanto la desechamos. El catolicismo condena los placeres sensuales, y ordena la fidelidad en el matrimonio, anatematizando el adulterio. ¿Y podremos vivir nosotros privados de nuestros caprichos? Podremos abandonar las hermosuras que adoramos y que arrebatan nuestra admiracion? De ningun modo. No necesitamos exámen ni discusion: una religion que así nos perjudica no debemos abrazarla; persigámosla y hagamos conocer al mundo su falsedad. Bien estamos siguiendo nuestros antiguos usos y costumbres. *Bonum est nos hic esse*.

Los argumentos de que se han valido estos impíos y presuntuosos filósofos no han pasado de meros sofismas, destruidos por la sabiduría de los Padres de la Iglesia y de sus célebres escritores. Y á través de encarnizadas persecuciones, de las herejías y de los cismas, la Iglesia se ha conservado pura y brillante, y solo han servido los argumentos de sus enemigos para hacer resaltar mas y mas sus triunfos y su verdad. Por esto nosotros, fieles hijos de la católica Iglesia, cuya fé está arraigada en nuestros corazones, rechazamos con energía toda doctrina que á ello se oponga, y exclamamos sin temor que queremos perma-

necer en ella hasta el último momento de nuestra existencia. *Bonum est nos hic esse.*

Para justificar nuestro modo de pensar, voy á probar en este discurso la verdad de la religion católica por las maravillas de su fundacion, destruyendo los argumentos que en contra de esta verdad presentan los incrédulos. De este modo vosotros todos os afirmareis mas en vuestra fé, y se animará mas vuestro deseo de permanecer en su centro. *Bonum est nos hic esse.*

No tengo yo por cierto la ciencia de los apologistas de la religion; mas la obligacion en que estoy como ministro vuestro ¡oh Dios dador de la sabiduría! me hace esperar que me comunicareis las luces necesarias para llenar esta parte del ministerio sacerdotal. Así os lo suplico por la mediacion poderosa de la Santísima Virgen. *Ave Maria.*

#### PARTE ÚNICA.

No me admira, señores, ni podrá causar admiracion á ninguna persona sensata y que sepa discurrir, el que la falsa reforma de Lutero haya encontrado seguidores, ni el que hoy sea la religion dominante de la poderosa Inglaterra, aunque afortunadamente, y sea dicho de paso, el protestantismo ha caido en el descrédito allí mismo donde consiguiera sus mayores triunfos, como nos lo prueban las muchas conversiones que diariamente se hacen al catolicismo de lo mas notable del clero y de la nobleza inglesa. Y digo que no me admira su propagacion, porque una doctrina que admite la poligamia como no contraria á la fé del Evangelio; que dá libertad al hombre para que se entregue al desenfreno de las pasiones, no puede me-

nos de encontrar hombres amantes de la sensualidad y demas vicios que se adhieren á tales doctrinas. Enrique VIII, de funesta memoria, autor de la desgracia de esa nacion, antes venturosa por su piedad proverbial, no podia contenerse en los límites de la razon. Lascivo cuál él solo, y comparable en su altanería y soberbia al demonio, que no quiso siendo ángel reconocer la autoridad de Dios, no se veia satisfecho de goces mundanos: á todo trance queria divorciarse de su legitima consorte, y contraer nuevo matrimonio con la tristemente célebre Ana Bolena. Estos desórdenes no podia autorizarlos el Vicario de Jesucristo, toda vez que se oponian á la doctrina católica. No importa; los doctores de la escuela luterana le autorizaban para ello. Enrique no titubea, abraza la doctrina que autoriza sus infames proyectos, y se hace cabeza de la nueva Iglesia, reasumiendo el poder espiritual con el temporal. ¿Qué habian de hacer los grandes? ¿De qué modo habrian de obrar los que por oficio son constantes aduladores de los monarcas? ¿Qué habian de hacer ó que partido deberian tomar los altos empleados que dependian del rey, los ricos propietarios que hubieran sentido como un tormento el verse espatriados y privados de sus bienes, que se les hubiesen confiscado de no abrazar la reforma? Flacos en la fé, pues que debian perder antes la vida que la fé, aplaudieron con voluntad ó por fuerza la determinacion del soberano, y la unidad católica, centro de la verdad, dejó de existir en Inglaterra. Considerad, señores, todas las circunstancias que acompañaron á la introduccion del protestantismo en Inglaterra, y os convencereis que solo por la fuerza de las armas puede sostenerse lo que es falso. No estrañeis la forma que doy al discurso,

aunque sea faltando en algo á las reglas de la oratoria, pues que las sombras del error hacen mas claras las luces de la verdad.

Vamos, pues, á contemplar al cristianismo en su cuna, y ya que le vemos estendido por todas partes, que nos admiran sus triunfos y nos encantan sus victorias, veamos las armas de que se valieron sus propagadores, la ciencia y reputacion de estos, y si las doctrinas que publicaron eran ó no conformes á los usos, á las costumbres, ó las cosas que por lo comun halagan al hombre, y así como por las razones espresadas no han podido llamar nuestra atencion los progresos que hizo el protestantismo, así nos admiraremos y conoceremos la verdad de nuestra augusta religion, por los medios de que se valió su Fundador divino para que imperase en el mundo.

La religion cristiana, cuya predicacion y propagacion encargó el Salvador á sus apóstoles, tenia precisamente que entrar en combate con los grandes errores que por aquel tiempo eran objeto de la creencia de la mayor parte de los hombres: tenia que luchar con los sofismas de los filósofos; tenia que destruir los vicios á los cuales se le levantaban altares, publicar y enseñar virtudes hasta entonces desconocidas, y sin apoyo alguno de príncipes ni de magnates, tenia que trastornar todo el órden social, llevando acabo una revolucion cual no han conocido los siglos. Proyectos mas pequeños, planes menos vastos y que tienden ó propenden tan solamente á variar en algun tanto las leyes de un pueblo, necesitan de hombres sábios, de varones fuertes é intrépidos, versados en el arte de dirigir revoluciones: necesitan proteccion de altos personajes é intereses materiales con que atraer al

pueblo, que sin saber lo que pide, ni por qué se mueve, es siempre el instrumento de los que llenos de comodidades y sentados en doradas sillas, esperan ansiosos el resultado de sus planes. La verdad no necesita valerse de estos medios, ni sus defensores necesitan tomar las armas para aterrorizar á los pueblos que desean atraer á sí. Veámoslo en la fundacion del cristianismo, llevada á cabo cuando mas errores pululaban por la sociedad; cuando en mas fuerza y vigor se sostenia el poder de los emperadores. Jesucristo no busca hombres de reputacion, ricos en ciencia y en fortuna. Doce pobres pescadores le bastan para llevar á cabo la obra grande de la regeneracion del mundo: pobres, sin mas bienes que las barquillas y las redes: sin otra reputacion que la que adquirir podian entre los compañeros de oficio tan humilde, son escogidos para alumbrar al mundo con la luz del Evangelio. ¿Y cómo, me direis, unos hombres rústicos que no conocen la literatura, y al parecer idiotas, se atreverán á luchar con la fuerza de los emperadores, y serán capaces por sí solos hacerse prosélitos y estender una nueva doctrina, contraria en un todo á la que seguian los hombres? ¿Y de qué armas se valieron para sus conquistas? Yo os lo diré. Sin otras armas que sus voces, sin mas que la persuasion entraron por todas partes, y á través del ódio de los emperadores, y de grandes persecuciones, la religion se fué estendiendo prodigiosamente, y llegó á verse despues de tres siglos de combates sentada en el mismo trono del emperador Constantino.

Y estos triunfos tan señalados, conseguidos tan solamente con las armas de la persuasion, ¿no prueban suficientemente que la religion católica es obra